

Juan Marinello acerca de los intelectuales cubanos (1923-1940)

Pedro Alexander Cubas Hernández

Investigador. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.

Con este ensayo me propongo, en primer término, analizar las opiniones de Marinello sobre el papel de la intelectualidad en la sociedad cubana en el periodo 1923-1940, cuando él mismo se movió, laboró e interactuó dentro del grupo de vanguardia literaria, artística y política.

Es conocido que este escritor y revolucionario, natural de Las Villas, vivió 78 años, de los cuales dedicó casi sesenta a la reflexión y creación literarias. Por esta razón, decidí seleccionar solo un corto período de su vida para repasar su intensa actividad cultural y política: su juventud y primera madurez. Algunos estudiosos reconocen este período como la etapa formativa de su labor intelectual.¹

Esta periodización señala como fecha inicial el año 1923, cuando varios amigos de la tertulia del Café Martí y de aquellos almuerzos «sabáticos», salieron a la palestra habanera —y nacional— a partir de la Protesta de los Trece, que constituyó una respuesta de los jóvenes intelectuales a los actos deshonestos del gobierno de Alfredo Zayas (1921-1925).² Después de dicho acontecimiento se produjeron disímiles movimientos políticos, cívicos, sociales y culturales —en los cuales

participó Marinello— que desempeñarían un papel muy relevante, sobre todo durante la dictadura de Gerardo Machado (1925-1933), y los convulsos años del primer batistato (1933-1940).

En esta etapa Marinello sufrió los rigores de la cárcel y del exilio, dos experiencias que no solo lo marcaron para el resto de su vida, sino que contribuyeron a una mayor radicalización de su pensamiento revolucionario.

Desde el año 1923, se vincula estrechamente a las actividades de los jóvenes intelectuales del Grupo Minorista de La Habana. Sus miembros se incluyen dentro de la llamada Segunda Generación Republicana,³ cuyo período vital principal transcurrió en los años 20. Los minoristas no solamente tenían interés por incursionar en el terreno de las innovaciones literarias —tanto en verso como en prosa— y artísticas, sino también por discutir problemáticas relevantes como los conceptos de vanguardia, americanismo, antimperialismo, así como realizar nuevos enfoques acerca de la obra de valores nacionales del siglo XIX (especialmente de José Martí); y, por supuesto, abordar los asuntos referentes al papel del intelectual en su medio social.⁴

Al explorar lo escrito de Marinello —fundamentalmente en la prensa— puedo sostener, como criterio inicial, que su primera referencia al papel de los intelectuales en la sociedad cubana se remonta al 18 de febrero de 1925, cuando, por petición de la Asociación de Pintores y Escultores, pronunció el discurso de apertura del Salón Anual de Bellas Artes en La Habana. Esta pieza oratoria fue publicada, más tarde, en la revista *Cuba Contemporánea* con el título «Nuestro arte y las circunstancias nacionales».⁵ En ella, el joven Juan se refirió a la difícil situación nacional y a los múltiples escollos que frenaban el desarrollo de las artes plásticas en Cuba durante las primeras décadas del siglo xx. Además, destacó la importancia de crear condiciones para promover un arte verdaderamente nacional con una producción artística que reflejara nuestras raíces culturales e históricas. Para él, esa era la tarea básica de los artistas, a quienes aconsejó no esperar que las circunstancias del país cambiaran por sí solas.

El interés de sus contemporáneos por debatir este último tópico motivó a Marinello a continuar su constante búsqueda de respuestas a diversas interrogantes que le iban surgiendo a medida que adquiría conocimientos y experiencias. Todo parece indicar que fue el minorista que mayor tiempo dedicó a la reflexión acerca de este tópico, fundamentalmente en cuanto a la acción de los más jóvenes en el proceso histórico cubano de inicios del siglo xx. Este ideal quedó reflejado en la revista *Social*, una publicación que puso sobre el tapete las inquietudes de los muchachos del Grupo Minorista. Marinello colaboró con un artículo titulado «*Social*, la revista órgano de la joven intelectualidad cubana», donde expresó:

Junto a ella se agrupan hoy, haciéndola portavoz de nuevos y simpáticos anhelos, lo más valioso y representativo de nuestra joven intelectualidad, la generación nueva [...] poseída del ardiente deseo de producir una obra sincera y fuerte.⁶

En otro orden de cosas, a Marinello no solo le preocupaba lo que acontecía en Cuba, sino también los asuntos de índole internacional. Por ejemplo, estaba muy bien informado acerca de la actualidad latinoamericana porque consideraba que los problemas socioeconómicos y políticos que la azotaban eran similares a los nuestros, por razones de carácter histórico y cultural.

En ese sentido, un texto de interés para analizar los primeros criterios del joven Juan respecto a la verdadera labor del hombre de talento en la sociedad es, sin dudas, «Sobre el proyectado Congreso Libre de Intelectuales Iberoamericanos».⁷ En él se observa cómo se percató de las denominadas «finalidades intelectuales» de aquel evento, y cuestionó las aseveraciones del escritor peruano Edwin Elmore —promotor de este

proyecto—, quien aseveró que los hombres de pensamiento debían ser los salvadores de nuestra América. El poeta villareño no aceptaba del todo esa tesis; le parecía inexacta y elitista. Discrepaba además de los criterios acerca del método que —según el peruano— utilizaría la *intelligentsia* latinoamericana para lograr ese objetivo. Marinello estaba consciente de que los problemas de América Latina eran, esencialmente, de índole política; y afirmaba que una constante y sostenida labor proselitista del intelectual en su entorno social —donde afrontaba las mismas dificultades que afectaban a la mayoría— era la vía más adecuada. Por estas razones señaló que:

Si el divorcio entre el hombre de alta mentalidad y los ideales colectivos existen, toca a todo el privilegiado por una superior capacidad, hacerlo desaparecer. La obra puramente intelectual no será, si la actividad no deriva el logro de un beneficio colectivo, de tan altos quilates.⁸

Estos primeros trabajos ya señalan, ante todo, a un joven muy preocupado por el destino de su país —aspecto que siempre patentizó en todas sus obras— y su interés por dilucidar cuál era su papel, como hombre de ideas, dentro de la circunstancia en que vivía y se desenvolvía. Cada artículo expuesto aporta un elemento útil; en su discurso en Bellas Artes se advierte, por un lado, una profunda comprensión de las dificultades económico-sociales que atentaban contra el avance de la cultura nacional, y, por el otro, la expresión de una propuesta concreta sobre qué debían hacer los artistas. Sin embargo, reconoció y ponderó la importancia de lograr el apoyo oficial (estatal), el cual, unido al esfuerzo privado, podría mejorar la situación. Esta aseveración de Marinello indica una posición reformista, si se tiene en cuenta que, por una parte, propuso una solución de tipo cosmético; y por otra, no valoró cuáles eran los verdaderos intereses de los gobiernos republicanos de entonces, en cuya gestión aún confiaba.

En su apología de la revista *Social* certificó: 1) la autodefinition y convicción preliminares de su quehacer como joven intelectual; y 2) la alineación o integración, identificación y/o sentido de pertenencia hacia una nueva generación que tiene y siente sobre sus hombros un gran compromiso con su país y con su tiempo. Aquellos jóvenes intentaron demostrar con hechos qué diferencias tenían respecto a sus predecesores.

Por último, en su escrito a propósito del Congreso Iberoamericano se percibe cómo Marinello comenzó a comprender y asumir el carácter universal del papel de la intelectualidad en la sociedad. En ese mismo año, en unión de hombres como Enrique José Varona y Enrique Gay-Calbó, integró la Junta Directiva del Comité Pro Independencia de Puerto Rico, que quedó

constituido durante la visita a La Habana del destacado líder revolucionario boricua Pedro Albizu Campos.

Hacia 1925, Marinello solo se había planteado algunas cuestiones —relativas a los intelectuales— que eran importantes aunque no muy polémicas. Durante el siguiente año realizó una labor de divulgación acerca de algunos sucesos del ámbito intelectual habanero. En la prestigiosa *Revista Bimestre Cubana*,⁹ actuó como cronista de los acontecimientos culturales más relevantes —a su juicio— del dinámico entorno intelectual capitalino: las conferencias de Alfonso Hernández Catá y Orestes Ferrara; un comentario a propósito de la publicación del *Proyecto de Código Criminal Cubano*, redactado por Fernando Ortiz; las visitas del sociólogo mexicano Daniel Cossío Villegas y del escritor y periodista nicaragüense Máximo Soto Hall; el ingreso de Emilio Gaspar Rodríguez en la Academia de Artes y Letras; la fundación de la Institución Hispano-Cubana de Cultura; y la constitución de la Real Academia de la Lengua Española, en La Habana (afiliada a la de España). Sus reseñas sobre estas actividades indican que para Marinello ningún acontecimiento de esa categoría pasaba inadvertido y que, además, aprovechaba esas oportunidades para practicar sus dotes de crítico literario, como lo hizo, por ejemplo, después de escuchar la conferencia del napolitano Ferrara «Martí y la elocuencia». 1926 fue un año de menor bagaje reflexivo en torno al papel del intelectual; pero la labor de crítico que desplegó le fue útil en su autoperparación sobre el tema.

En 1927 se inició la época de mayor evidencia de la dictadura machadista debido a las maniobras del tirano para mantenerse, por más tiempo del establecido, en la presidencia mediante una anticonstitucional prórroga de poderes. Precisamente en ese año, Marinello escribió el ensayo «El insoluble problema del intelectual», en el cual presentó una visión más cruda y realista del intelectual; pero tratando de penetrar en su intimidad donde pueda esconderse, entre otras cosas, las bajas pasiones humanas. Se planteó una problemática esencial y logró un acercamiento más humanizado a los hombres de pensamiento. Su inicio como coeditor de la *Revista de Avance* coincidió con el mencionado contexto nacional adverso. A través de esta publicación expresó sus ideas respecto a la postura servil adoptada por varios intelectuales ante el machadismo. Tomó como punto de partida la idea de que el intelectual, como todo ser racional, es víctima de una disyuntiva muy compleja: *subsistir* (aspecto biológico) o *superarse* (aspecto académico y científico) y añadió que eso no tenía solución.¹⁰ Resulta muy fácil afirmar que un hombre de talento pondera más el segundo aspecto en todo momento, a contrapelo de su supervivencia en el medio social, porque no solo quiere ascender y

brillar, sino también aportar algo útil que sirva como constancia de su paso por la vida. No obstante, la subsistencia no puede perderse de vista porque constituye una garantía para preservar la vida y con ella la posibilidad de seguir saciando inquietudes gnoseológicas. Viéndolo de esta manera incompleta, el caso no parecería tan traumático; pero la racionalidad del autor puso frente a frente dichas alternativas —haciendo énfasis en la subsistencia— para llamar la atención sobre un problema grave desde el punto de vista ético. Históricamente el trabajo intelectual ha sido un terreno fértil para conocimientos y creaciones; pero no para percibir grandes ganancias, lo cual coloca a la *intelligensia* en una situación desventajosa ante la solvencia de otros sectores sociales menos cultos. Como respuesta a esa adversidad, muchos deciden recurrir al llamado «profesionalismo», que Marinello definió como un camino de transacción, porque implica la pérdida de la dignidad y la vergüenza, a cambio de defender, consentir y auxiliar con la pluma al gobernante de turno y a su camarilla palaciega, quienes les garantizan comodidades y un «jugoso» salario. Por tanto, la pregunta del joven crítico fue:

¿Cuál será, ante ese muro infranqueable, el partido del hombre de letras o del hombre de ciencias? Cuando se reacciona contra un imperativo biológico, cuando se va decididamente contra él, estamos ya en el camino del máximo dolor, que es el que sabe posible su acabamiento con un cambio simple de postura.¹¹

Ante esta preocupación, no propuso soluciones; solo indicó dos caminos o alternativas, a partir de dos versos: uno de Rubén Martínez Villena: «Poned ante ese mal y ese recelo “una soberbia insinuación de brisa y una tranquilidad de mar y cielo”»,¹² y otro de José Martí: «abrazo “la estrella que ilumina y mata”». ¹³ Marinello aconsejó, indirectamente, seguir la fórmula martiana no solamente porque era la que más le atraía dado su alto significado simbólico, sino porque potenciaba el sacrificio del hombre ante las dificultades de la vida, y reflejaba la verdadera misión social de los intelectuales.

La dicotomía que se cuestionaba Marinello era ciertamente insoluble, no solo en el sentido de la falta de oportunidades para una vida económicamente estable, sino porque, de una forma u otra, los intelectuales no pueden dejar de vivir a tono con las exigencias de su época, por mucho que lo intenten. No obstante, los caminos que él señaló son válidos como fórmula de dignidad intelectual.

Marinello militaba en las filas de la vanguardia intelectual, como lo demostraron sus actividades en el Grupo Minorista y en la *Revista de Avance*, en cuyas páginas sus editores siempre dieron a conocer las nuevas corrientes, estilos y tendencias del arte y de la literatura universales. De su escasa producción poética se destaca

el poemario *Liberación* (editado en Madrid, en 1926, y presentado en La Habana en agosto de 1927), en el cual mostró sus excelentes dotes líricas dentro de un estilo cercano a la poesía pura.

En el mismo año 1927, firmó la Declaración del Grupo Minorista —redactada por su gran amigo y compañero Rubén Martínez Villena— que ratificó los postulados de dicha organización o movimiento intelectual ante las declaraciones públicas de Alberto Lamar Schweyer (ex minorista y machadista) quien aseveró que el grupo ya no existía.¹⁴ Además, en los años 20, Marinello participó en algunos hechos de lo que puede denominarse vanguardia política. Fue uno de los editores de la revista *Venezuela Libre* (1924) en la cual se condenaban los horrores de la dictadura de Juan Vicente Gómez en ese país latinoamericano; integró la Liga Antimperialista; trabajó como abogado defensor de varios estudiantes acusados de injuriar al gobierno zayista y al embajador norteamericano, y participó en el Comité Pro libertad de Julio Antonio Mella (todos en 1925).

Es evidente que se movió indistintamente en ambas manifestaciones de la vanguardia cubana de los años 20. Pero en ese momento sus vínculos eran más estrechos con literatos y artistas que con el estudiantado y el movimiento obrero. Ciertamente es que tenía buenas relaciones con Mella —a quien conoció en 1923 gracias a su hermano Felio Marinello— y con Villena, compañero suyo en la Universidad. Ambos jóvenes eran ya líderes con prestigio e influencia dentro de la masa estudiantil y también entre los trabajadores. Sin embargo, eso no significa que estuviese enrolado directamente en la acción redentora contra el tirano en la cual sus amigos estaban inmersos. Hasta finales de 1930, tomó parte en varias actividades políticas de proyección antimachadista, pero sin haberse apropiado todavía de una ideología tan radical como la de ellos.

En el citado artículo «El insoluble problema del intelectual», observo un rasgo cualitativo que marca una diferencia con los anteriores y que hace pensar en que el pensamiento de Marinello, en relación con el tema que desarrollo, fue madurando al unísono de la traumática situación cubana. Asumió la actitud que consideró más consecuente frente a la debilidad y/o pasividad ante el régimen de la mayor parte de la intelectualidad a la que exhortó a definirse. Estaba seguro de que, como intelectual, no podía eludir su compromiso con la época que le tocó vivir. Y como acto de rebeldía —cauteloso a mi modo de ver— desafió a la dictadura a través de un ataque directo al personal letrado que constituía su soporte ideológico y teórico.

A partir de ese momento, Marinello hizo mayor hincapié en la política como un asunto de vital

importancia para resolver el problema nacional. Hacía tiempo que tenía conciencia de que la clave de la problemática cubana radicaba en la cuestión política, y que esta no podía quedar divorciada de la cultura; mucho menos en momentos de profunda crisis social como los que se vivían en la década de los 20. Sobre la base de estas reflexiones, la ideología marinelliana comenzó a transitar hacia posiciones más radicales. Así fue superando el ideal reformista que se percibe en sus primeros trabajos.

En su texto «Arte y política» (1928) Marinello expresó:

El intelectual no debe rehuir, en modo alguno, su obligación de orientador y aclarador de los problemas que afronta su país, o, como sucede en América, un conjunto de pueblos de análogos destinos [...] Quien [...] sienta de modo artístico la preocupación social, debe darse a ella por entero. Quien no la sienta, no debe abandonar su deber de hombre que puede ver e indicar fuera de su arte, oportunas soluciones públicas.¹⁵

Su fe en la necesidad de la labor proselitista de los hombres de letras, artes y ciencias se mantenía, con mayor vehemencia; aunque añadió que ellos debían hacer política de un modo muy inteligente y sin vulgarizar su forma de proceder, con métodos desleales y no aplicables a las circunstancias que afrontaban.

Sus ideas acerca de los intelectuales recibieron la influencia del legado martiano, como puede constatarse en sus trabajos en torno al Apóstol, en 1929. Desde su etapa de adolescente, disfrutaba con la lectura de algunos textos de la obra literaria de Martí que en aquel entonces circulaban entre sus condiscípulos del Instituto de Segunda Enseñanza de Santa Clara. Aunque Marinello siguió mostrando interés por conocer la vida y labor extraordinarias del Maestro, opino que es a partir de 1929 cuando decidió dedicarse a estudiarlo profundamente. No obstante —hasta donde conozco—, el primer escrito sobre Martí data del 28 de enero de 1926, y fue publicado en el *Diario de la Marina* bajo el título «El homenaje». A los treinta años de edad, Marinello comenzó a penetrar con paso firme y ojos criollos en la interesante selva martiana, con el objetivo de extraer de ella los troncos y raíces más útiles para defender una causa justa como la lucha por una verdadera independencia nacional.

Encontró en Martí la síntesis que buscaba entre el trabajo artístico y el social:

Lo que en último término maravilla en él no es su obra de escritor, de orador, de poeta, sino la capacidad egregia para adecuar esa obra a la obtención, a la realización práctica, de un ideal que «los que no veían el subsuelo» —que eran todos los cubanos— reputaban quimérico.¹⁶

Esto constituyó para Marinello un conocimiento básico que nunca olvidó, y compartió la preocupación

martiana por la imprescindible participación de los sectores más populares en el acto intelectual:

«Ellos leen lo que no se escribe» —dice [Martí]. Ellos oyen lo que no se habla». Y si para él no tiene significado la vida que no se vierte en la de los demás y había dicho que «el deber de un hombre está allí donde es más útil», el poeta queda forzado fatalmente, a proyectar su obra en bien del mundo.¹⁷

En sus artículos de 1929, con el afán de contribuir a que la intelectualidad cubana —principalmente la juventud— tomara conciencia de cuál era su papel dentro de una sociedad en crisis, Marinello dirigió su discurso en dos direcciones, muy vinculadas entre sí: 1) la relación de la obra de creación con la realidad social, que puede contribuir al engrandecimiento de un ideal redentor; y 2) la capacidad del creador —cuya visión del hoy y del mañana es harto importante— para transmitir, con toda modestia y claridad, su mensaje al pueblo sin subestimarlo. En estas reflexiones se siente la impronta martiana en la cual buscaba no solamente inspiración, sino también una inaplazable consulta sobre los problemas sociales del país. De él aprendió que:

Cada época trae su faena. Los hombres vulgares la viven. Los hombres como José Martí la proyectan hacia los nuevos días. Su poesía fue la de su momento, además de ser la anunciadora del de ahora. Su luz es plenamente de Grecia y de Rusia, de la antigüedad y del porvenir. Que ella nos alumbre, amigos, entre las sombras escalofrantes de esta hora cubana.¹⁸

Beber de la fuente martiana fue un momento muy importante en la vida intelectual de Marinello; eso le permitió ver con mayor nitidez el verdadero camino que debía tomar. 1930 fue, sin dudas, su año de definición total ya que la situación interna de Cuba se tornaba cada vez más peligrosa, no solo por el aumento de la oleada represiva policial —principalmente por parte de la «porra» machadista—, sino también porque la economía nacional sufría los efectos de la crisis económica mundial, iniciada en 1929, que agudizó las precarias condiciones de los sectores más explotados de la población cubana. Ante este patético panorama, Marinello supo que no podía hacer esperar más a la revolución, que lo necesitaba a tiempo completo. Al tomar esa decisión dio un salto cualitativo y se convirtió en un intelectual comprometido con el destino político y sociocultural de su patria.

En el difícil año 1930, publicó dos artículos de suma importancia, que muestran a un intelectual que, por una parte, razonó con responsabilidad qué costo personal tenía su decisión y por qué estaba profundamente convencido de que abrazar la causa redentora era su deber. En este sentido, siguió de cerca el ejemplo del escritor peruano José Carlos Mariátegui, quien luchó sin descanso contra el tirano Augusto Bernardino

Leguía, a contrapelo de sus limitaciones físico-motoras, hasta su muerte, ocurrida ese mismo año. Finalmente decidió manifestar con nitidez, ante un medio de comunicación como la prensa escrita, su oposición al régimen de Machado.

En su trabajo «El amauta José Carlos Mariátegui» expresó:

La virtud dramática de Mariátegui lo cambia de artista en político [...] Para Mariátegui no habrá arte nuevo, sino arte actual, es decir, revolucionario. Arte en el que se traduzca adecuadamente la inquietud política y el anhelo social [...] Cuando lo político es la corriente vital ¿puede algo quedar a sus márgenes? Y no olvidemos que para el ensayista peruano la política es «la trama misma de la historia».¹⁹

Este artículo es, a mi modo de ver, la síntesis de una etapa de su indagación sobre el papel de los intelectuales en la sociedad cubana no solo por reafirmarse como partidario de los oprimidos, sino porque demostró una alta capacidad para la integración de conocimientos históricos y culturales que le permitieron iniciar la construcción de un ideario político propio, que iría satisfaciendo, sobre la marcha cotidiana, algunas de sus múltiples interrogantes sobre esa temática. Después de 1930, por tanto, comenzaría una etapa de aplicación de sus ideas, en constante maduración.

Su artículo más atrevido y valiente en el período 1925-1930 fue «La dictadura y los intelectuales» (publicado en el periódico *El País*) en el cual acusó directamente a todos los intelectuales mayores de cuarenta años —excepto al maestro Enrique José Varona y al poeta Agustín Acosta— de no cumplir con su deber para con la patria, y de asumir una actitud pasiva y vacilante ante el régimen dictatorial imperante en Cuba. Además, denunció la denigrante sumisión del claustro universitario a Machado, y el miedo de los más ilustres escritores a reflejar en sus artículos y libros la verdadera realidad nacional, puesto que se preocupaban por recrear pasajes e imágenes fuera del contexto en que vivían, con el fin de estar a bien con el gobierno y no perder sus comodidades. Marinello opinaba que aunque su generación sí le estaba saliendo al paso al tirano, había que continuar el trabajo con los jóvenes. Por eso afirmó:

Los intelectuales pueden aún prestar a Cuba servicio inminente. Si no lo hacen ahora, su responsabilidad en el desastre será inmensurable [...] ¿Por qué los escritores jóvenes de Cuba no se esfuerzan porque las cosas sucedan de otro modo? Demos contestación firme, radical, a las palabras del Maestro Varona. Digamos de una vez nuestra protesta ante el poder machadista. Llamemos a lo mejor —que es siempre lo más joven— a la formación de una conciencia antidictatorial, camino forzoso para ir a la política nueva que Cuba precisa con urgencias extremas.²⁰

Con este explosivo artículo, Marinello mostró abiertamente a todos sus contemporáneos su